

- EL CLUB DE LOS SUPERVIVIENTES -

MARY BALOGH



LA PROPOSICIÓN

— TODO EL MUNDO AMA A UN HÉROE HERIDO —

Tras haber perdido a su marido varios años atrás, Gwendoline Grayson, *lady Muir*, ya ha vivido su particular dosis de tragedia. Adaptada a una vida tranquila rodeada de familiares y amigos, la joven viuda no tiene ninguna intención de volver a pasar por el altar. Pero cuando Hugo, lord Trentham, la sostiene en sus brazos tras una caída, la invaden nuevas sensaciones que la sorprenden y desconciertan a la vez.

Hugo no nació siendo «lord», pero su heroica actuación en la guerra le valió el título; tampoco nació siendo rico, pero el éxito empresarial de su padre le hizo heredar una pequeña fortuna. En realidad, sería feliz cultivando sus tierras, pero el deber y el título le exigen encontrar esposa.

Por ello se propone encontrar a una mujer sencilla con quien casarse. En sus planes no entra enamorarse de una aristócrata, pero con su inocencia, su risa contagiosa y su dulce rostro, *lady Muir* le rompe los esquemas. Ahora la desea, ¿pero será capaz de conquistarla? El duro excombatiente necesitará alguna que otra lección de seducción si quiere aprender a enamorar a una mujer.

Índice de contenido

Cubierta

La proposición

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Sobre la autora

Prólogo

El Club de los Supervivientes

El tiempo podría ser mejor. Unas nubes bajas cruzaban el cielo, empujadas por el viento, y la lluvia que había estado amenazando todo el día con caer hizo acto de presencia. El mar estaba embravecido y de un gris metálico. La gélida humedad se colaba incluso en el interior del carruaje, por lo que su único ocupante se alegraba de llevar un grueso gabán.

Sin embargo, su estado de ánimo no se había empañado, aunque habría preferido que hiciera sol. Iba de camino a Penderris Hall, en Cornualles, la casa solariega de George Crabbe, duque de Stanbrook. Su Excelencia era una de las seis personas a las que más quería en el mundo, aunque tal vez fuera una admisión extraña, habida cuenta de que cinco de dichas personas eran hombres. Pues serían las seis personas en las que más confiaba del mundo, si bien «confiar» era una palabra demasiado impersonal, y no había nada de impersonal en lo que sentía por sus amigos. Todos permanecerían en Penderris Hall durante las siguientes tres semanas.

Eran un grupo de supervivientes de las guerras napoleónicas, cinco de ellos antiguos oficiales del ejército incapacitados por diversas heridas y devueltos a Inglaterra para que se recuperasen. Todos habían llamado la atención del duque de Stanbrook, que los había llevado a Penderris Hall para tratar sus heridas, descansar y convalecer. El du-

que era demasiado mayor para combatir en persona, pero no así su único hijo, que luchó y murió en la península ibérica durante los primeros años de campaña en aquel territorio. El séptimo miembro del grupo era la viuda de un oficial de reconocimiento capturado por el enemigo y muerto bajo torturas, que se llevaron a cabo, al menos en parte, delante de ella. El duque era primo lejano de la viuda y la había acogido a su vuelta a Inglaterra.

Habían formado un estrecho vínculo, los siete, durante el largo periodo que necesitaron para sanar y convalecer. Y, dado que por diferentes motivos todos cargarían con las marcas de sus heridas y de las experiencias de guerra durante el resto de sus vidas, acordaron que, cuando llegara el momento de regresar a sus respectivas vidas más allá de los seguros muros de Penderris Hall, volverían allí para pasar unas cuantas semanas al año a fin de relajarse y renovar su amistad, hablar de sus progresos y ofrecerse apoyo en cualquier dificultad que hubiera surgido.

Todos eran supervivientes, y lo bastante fuertes para llevar vidas independientes. Pero también estaban marcados de forma permanente de un modo u otro, y no tenían que ocultarlo cuando estaban juntos.

Un integrante del grupo los llamó el «Club de los Supervivientes», y el nombre gustó, aunque solo lo usaran entre ellos.

Hugo Emes, lord Trentham, echó un vistazo como pudo a través de la lluvia que golpeaba la ventanilla del carruaje. Alcanzaba a ver el contorno de los altos acantilados, no muy lejos de donde estaba, y el mar que había más allá, una línea salpicada de espuma un poco más oscura que el cielo. Ya estaba en tierras de Penderris Hall. Estaría en casa en cuestión de minutos.

Marcharse de ese lugar tres años antes había sido una de las cosas más duras que había hecho nunca. A Hugo le habría encantado pasar el resto de su vida allí. Sin embar-

go, cómo no, la vida cambiaba de un día para otro y el momento de marcharse llegó.

Y, en ese momento, se dijo, era hora de que se produjera otro cambio...

Aunque todavía no iba a pensar en eso.

Esa era la tercera reunión, si bien había tenido que saltarse la del año anterior. Eso quería decir que llevaba dos años sin ver a sus amigos.

El carruaje se detuvo delante de los escalones que llevaban a la enorme puerta de entrada de Penderris Hall y se meció unos instantes sobre las ballestas. Hugo se preguntó si alguien más habría llegado ya. Se sentía igual que un niño que fuera a una fiesta, pensó con cierto disgusto, rebotando de emoción y con un millar de mariposas revoloteándole en el estómago.

Las puertas de la casa se abrieron y el duque en persona apareció tras ellas. Bajó los escalones pese a la lluvia y llegó al pie al mismo tiempo que el cochero abría la portezuela del carruaje y Hugo saltaba al suelo sin esperar a que desplegase los escalones.

—George —dijo.

No era de los hombres que abrazaban a otras personas o que las tocaban sin ser necesario. Sin embargo, bien podría ser él quien inició el fuerte abrazo en el que se vieron envueltos ambos.

—¡Bendito sea Dios! —repuso el duque, que aflojó el abrazo unos segundos después y que retrocedió un paso a fin de verlo bien—. No has encogido en dos años, ¿verdad, Hugo? Ni en altura ni en anchura. Eres una de las pocas personas capaces de hacer que me sienta pequeño. Vamos, entra para protegerte de la lluvia mientras yo compruebo cuántas costillas me has roto.

No era el primero en llegar, reparó Hugo en cuanto entraron en el vestíbulo principal. Flavian estaba allí para saludarlo... Flavian Arnott, vizconde de Ponsonby. Y Ralph

también estaba allí... Ralph Stockwood, el conde de Berwick.

–Hugo –dijo Flavian al tiempo que se llevaba el monóculo a un ojo y lo miraba con un afectado gesto de hastío –, patán grandullón y feo. Por so-sorprendente que parezca, me alegro de verte.

–Flavian, dandi enclenque –replicó Hugo al tiempo que echaba a andar hacia él mientras sus botas resonaban sobre las baldosas–, me alegro mucho de verte, y ni siquiera me sorprende.

Se abrazaron con fuerza y se dieron unas palmadas en la espalda.

–Hugo –lo saludó Ralph–, parece que fue ayer cuando te vimos por última vez. No has cambiado nada. Incluso sigues teniendo el pelo como una oveja recién esquilada.

–Y esa cicatriz que tienes en la cara hace que no tenga ganas de cruzarme contigo en un callejón oscuro, Ralph –dijo Hugo mientras se acercaban para abrazarse–. ¿No han llegado ya los demás?

Sin embargo, no había terminado de hacer la pregunta cuando vio por encima del hombro de Ralph que Imogen bajaba la escalera... Imogen Hayes, *lady* Barclay.

–Hugo –dijo ella mientras se acercaba a toda prisa con las manos estiradas–. ¡Ay, Hugo!

Era alta, delgada y elegante. Llevaba el largo pelo rubio oscuro recogido en un moño en la nuca, pero la severidad del peinado solo acentuaba la belleza perfecta de esa cara ligeramente alargada con rasgos nórdicos, pómulos definidos, una boca ancha y voluptuosa, y grandes ojos verdes. También acentuaba la impassividad marmórea de su rostro. Eso no había cambiado en dos años.

–Imogen. –Le dio un apretón en las manos y luego la abrazó con fuerza. Aspiró su familiar aroma. Le dio un beso en una mejilla y la miró a la cara.

Ella levantó una mano y le acarició la fina línea entre las cejas con la punta del dedo índice.

–Sigues frunciendo el ceño –dijo ella.

–Sigue teniendo un semblante feroz –repuso Ralph–. Caramba, lo que te echamos de menos el año pasado, Hugo. Flavian no tuvo a nadie a quien llamar «feo». Lo intentó una vez conmigo, pero lo convencí para que no repitiese el experimento.

–Me dejó aterrorizado, Hugo –apostilló el aludido–. Deseé que estuvieras aquí para esconderme detrás de ti. Al final, me escondí detrás de Imogen.

–En respuesta a tu pregunta, Hugo –dijo el duque al tiempo que le ponía una mano en un hombro–, eres el último en llegar, y la impaciencia nos podía a todos. Ben habría bajado para recibirte, pero habría tardado mucho tiempo en bajar la escalera solo para tener que subir casi de inmediato. Vincent se ha quedado con él en el salón. Subamos. Puedes retirarte a tu habitación después.

–Pedí que nos llevaran la bandeja con el té en cuanto Vincent oyó que tu carruaje se acercaba –dijo Imogen–, pero seguro que seré la única que le dé uso a la tetera. Es lo que me pasa por aliarme con una horda de bárbaros.

–La verdad –repuso Hugo– es que una taza de té caliente me parece perfecta, Imogen. Espero que hayas ordenado que el tiempo mejore para mañana y para las semanas venideras, George.

–Es que estamos en marzo –le recordó el duque mientras subían la escalera–. Pero si insistes, Hugo, el sol brillará durante el resto de tu estancia. Algunas personas parecen robustas, pero en realidad son flores de invernadero.

Sir Benedict Harper estaba de pie cuando entraron en el salón. Se apoyaba en unos bastones, pero no con todo el peso del cuerpo. Y, de hecho, caminó hasta Hugo. Cómo se equivocaron los expertos que lo tacharon de idiota por negarse a que le amputaran las piernas cuando cayó y quedó aplastado debajo de su caballo, al que mataron de un disparo. Juró que volvería a andar, y eso estaba haciendo, más o menos.

–Hugo –lo saludó–, benditos los ojos que te ven. ¿Has crecido o solo es por el gabán?

–Más bien benditos los ojos que no pueden verlo –dijo Flavian con un suspiro–. Además, nadie le ha dicho a Hugo que los gabanes con múltiples capas se diseñaron para los que tienen poco desarrollados los hombros.

–Ben –dijo Hugo al tiempo que lo abrazaba con cuidado–. Así que de pie, ¿no? Debes de ser el hombre más terco que he conocido en la vida.

–Creo que tú me disputarías ese título –replicó el aludido.

Hugo se volvió hacia el séptimo miembro del Club de los Supervivientes, y también el más joven. Estaba de pie junto a la ventana, con el pelo rizado tan largo y tan rebelde como de costumbre, y un semblante abierto y risueño, casi angelical. Sonreía en ese momento.

–Vince –dijo Hugo al tiempo que cruzaba la estancia.

Vincent Hunt, lord Darleigh, lo miró directamente a la cara con unos ojos tan grandes y azules como recordaba... «Ojos seductores», los llamó Flavian en una ocasión para arrancarle una carcajada al muchacho. A Hugo siempre le había resultado muy desconcertante esa mirada tan directa.

Porque Vincent era ciego.

–Hugo –dijo él al tiempo que lo abrazaba–. ¡Cómo me alegro de volver a oír tu voz! Y de tenerte con nosotros este año. De haber estado aquí el año pasado, no habrías permitido que todo el mundo se riera de cómo toco el violín, ¿verdad? En fin, todo el mundo menos Imogen.

Todos suspiraron a su espalda.

–¿Tocas el violín? –le preguntó Hugo.

–Sí, y por supuesto que no habrías permitido que se rieran de mí –contestó Vincent con una sonrisa–. Me dicen que tienes el aspecto de un enorme y feroz guerrero, Hugo, pero si es así, eres un fraude, porque siempre detecto

la amabilidad tras tu voz gruñona. Me oirás tocar este año, y no te reirás.

–Puede que se eche a llorar, Vince –dijo Ralph.

–Es un efecto que provocho a menudo en mis oyentes – replicó Vincent entre carcajadas.

Hugo se quitó el gabán y lo dejó sobre el respaldo de una silla antes de sentarse junto con los demás. Todos bebieron té pese al ofrecimiento del duque de algo más fuerte.

–Sentimos mucho no verte el año pasado, Hugo –dijo el duque después de llevar un rato de conversación–. Sentimos todavía más el motivo de tu ausencia.

–Lo tenía todo preparado para venir –explicó él– cuando me llegó la noticia del ataque al corazón de mi padre. Así que pude marcharme casi de inmediato y llegué antes de que muriera. Incluso pude hablar con él. Debería haberlo hecho antes. No había un motivo real para nuestro distanciamiento, aunque le partí el corazón después de insistir para que me comprase una comisión en el ejército, cuando él esperaba que siguiera sus pasos en el negocio familiar. Me quiso hasta el final, ¿sabéis? Supongo que siempre estaré agradecido de haber llegado a tiempo para decirle que yo también lo quería, aunque podría parecer que solo eran meras palabras.

Imogen, que estaba sentada a su lado en un diván, le dio unas palmaditas en la mano.

–Lo habría entendido –le aseguró ella–. Que sepas que las personas entienden el lenguaje del corazón aunque la cabeza no siempre lo haga.

Todos la miraron en silencio un instante, incluido Vincent.

–Le dejó una pequeña fortuna a Fiona, mi madrastra – continuó Hugo–, y una cuantiosa dote a Constance, mi hermanastra. A mí me dejó el grueso de su vasto imperio empresarial y comercial. Soy asquerosamente rico.

Frunció el ceño. La riqueza a veces le parecía como una pesadísima losa sobre los hombros. Sin embargo, la obligación que conllevaba era incluso peor.

–¡Ay, pobrecito Hugo! –dijo Flavian al tiempo que se sacaba un pañuelo de lino del bolsillo y se enjugaba los ojos–. No sabes cuánto te compadezco.

–Su deseo era que me encargase de dirigir todos los negocios –siguió Hugo–. No me lo exigió, claro. Pero esperaba que eso fuera lo que yo quería, y su cara se iluminó de placer por la idea aunque se estaba muriendo. Luego me dijo que se lo legara todo a mi hijo cuando llegara el momento.

Imogen le dio más palmaditas en la mano y le sirvió otra taza de té.

–El asunto es –continuó él– que he sido muy feliz con mi tranquila vida en el campo. Fui feliz en mi casita durante dos años, y he sido feliz en Crosslands Park este último año... aunque, por supuesto, compré la propiedad con mi recién adquirida fortuna. He podido excusar mi dilación diciéndome que estoy guardando el año de luto y que no estaría bien visto que llevara una actividad frenética como si hubiera estado deseando hacerme con su dinero. Pero el aniversario de su muerte es mañana. No tengo más excusas.

–Hugo, siempre te hemos dicho que ser un recluso no encaja en absoluto con tu naturaleza –repuso Vincent.

–En concreto –añadió Ben–, siempre te hemos comparado con un cohete sin explotar, Hugo, a la espera de que prenda la mecha.

Hugo suspiró.

–Me gusta mi vida tal cual –replicó él.

–¿De modo que el hecho de que te concedieran un título como recompensa por tu muestra de extraordinario valor no va a servir de nada después de todo? –quiso saber Ralph–. ¿Piensas regresar a tus raíces de clase burguesa, Hugo?

El aludido volvió a fruncir el ceño.

—Nunca he querido pertenecer a la alta sociedad. La despreciaría al completo, tal como siempre hizo mi padre, de no ser por vosotros seis. Comprar Crosslands Park tal vez pareciera un poco pretencioso, pero quería mi trocito de campo en el que estar tranquilo. Nada más.

—Y siempre te estará esperando —le aseguró el duque—. Será un refugio de serenidad cuando el estrés del negocio empiece a afectarte.

—Es la parte del «hijo» lo que me está afectando —confesó Hugo—. Porque tendría que ser legítimo, ¿verdad? Sería necesario que dispusiera de una esposa para poder tenerlo. A eso me enfrento cuando me vaya de aquí. He tomado una decisión. Tengo que encontrar una esposa. ¡No quiero ni pensarlo! Perdóname, Imogen. No tengo nada en contra de las mujeres. Es que no deseo a una de forma permanente en mi vida. Ni en mi casa.

—¿Eso quiere decir que no ansías el cortejo ni el amor romántico, Hugo? —preguntó Flavian—. Eres muy listo, amigo mío. El amor es el mismísimo demonio y hay que huir de él como de la peste.

La dama con la que Flavian estaba comprometido cuando se fue a la guerra rompió el compromiso al verse incapaz de lidiar con las heridas que él llevó consigo a casa desde la península ibérica. En cuestión de dos meses, se casó con otro hombre, uno al que él consideró en otra época su mejor amigo.

—¿Tienes a alguien en mente, Hugo? —quiso saber el duque.

—La verdad es que no. —Suspiró—. Tengo un ejército de primas y tías que se frotarían las manos por la idea de presentarme a un sinfín de posibilidades si llego a decir una sola palabra, aunque las he descuidado de forma vergonzosa durante años. Pero me sentiría fuera de control desde el principio. Lo detestaría. La verdad, esperaba que al-

gundo de los presentes me diera algún consejo. Acerca de cómo buscar esposa, digo.

Eso los silenció a todos.

—Es bastante sencillo, Hugo —dijo Ralph al cabo de un rato—. Te acercas a la primera mujer medianamente atractiva que veas, le dices que tienes un título nobiliario y que además eres más rico que Crespo, y le preguntas si le apetecería casarse contigo. Luego retrocedes un paso y ves cómo ni le salen las palabras en sus prisas por darte el sí.

Los demás se echaron a reír.

—Es así de sencillo, ¿verdad? —repuso él—. ¡Qué alivio! En ese caso, mañana iré a la playa, siempre que lo permita el tiempo, y esperaré a que algunas mujeres medianamente atractivas pasen por allí. Mi problema estará resuelto antes incluso de que me vaya de Penderris Hall.

—¡Ah! Mujeres no, Hugo —protestó Ben—. No en plural. Se pelearían por ti, y hay mucho por lo que pelearse, además de tu título y de tu riqueza. Ve a la playa y busca a una sola mujer. Te facilitaremos la labor al mantenernos lejos de allí todo el día. En mi caso, por supuesto, será muy fácil, dado que no tengo un buen par de piernas con las que bajar.

—Ahora que ya hemos resuelto tu futuro con total satisfacción, Hugo —dijo el duque al tiempo que se ponía en pie—, vamos a dejar que vayas a tu habitación para que te asees y te cambies de ropa, y tal vez también para que descanses un poco, antes de la cena. Sin embargo, hablaremos del asunto con más seriedad en los próximos días. Tal vez incluso consigamos ofrecerte un plan sensato. Mientras tanto, dejad que os diga lo maravilloso que es contar con el Club de los Supervivientes al completo este año. He ansiado que llegara este momento.

Hugo recogió el gabán y se marchó del salón con el duque, presa de la reconfortante y placentera sensación de estar de vuelta en Penderris Hall con las seis personas que más le importaban en el mundo.

Incluso la lluvia que golpeaba los cristales de las ventanas le resultaba acogedora.